

Firmas del día El lector opina Humor Atención al internauta.

Información » **Opinión**



Tweet

Casi todos los santos

MANUEL ALCARAZ RAMOS | 27.10.2013 | 05:15

Ando esta semana, a la hora de pensarme escribiendo estas líneas, amedrentado sobre la cantidad de temas que se me vienen encima. Pero la mayoría tienen un recorrido muy corto, no dan para la reflexión o, al menos, a mí, se me quedan dando vueltas por las entrañas. Así: nos han comunicado que se ha acabado la crisis, de lo que me alegro una enormidad: ahora sólo falta que nos devuelvan el dinero y las prestaciones, y ya está, a comer perdices. Así: le escupo mi indignación al Comisario del Congreso de los Diputados porque al atentado a la intimidad de Mar Esquembre –vecina en estas páginas y en tantas cosas– suma la infamia de la mentira en la casa de la verdad; y de paso espero no ver al señor Posadas convertido en un papanatas, en títere de un personaje así. Así: no califico a esa señora que descalificó a los enseñantes en huelga; sí, a la de ese Ministerio para el que no ha habido huelga: no la califico porque no acierto con ningún adjetivo que no pudiera llevarme a los tribunales. Puestas así las cosas me alegro de haber leído estos días la última obra de mi buen amigo Juan José Tamayo: «Cincuenta intelectuales para una conciencia crítica» (Ed. Fragmenta) que, junto a algunos pensamientos pacíficos, me provoca interrogantes que bueno será glosar en esta semana en que la Iglesia Católica y la tradición popular aclaman a Todos los Santos. Se me permitirá un inciso: en realidad la celebración es una suerte del Día del Santo Desconocido, pues el resto de días del año la Iglesia reconoce a santos concretos, que, por su vida y virtudes, están, de manera indubitada, en presencia de Dios. Siempre me ha parecido la mayor de las soberbias alcanzadas por la humanidad ésta de la Iglesia, ese «saber cierto» que, para ser coherente, ha de sustituir a Dios, ha de ponerse en el lugar de la Sabiduría divina, pues canonizaciones y beatificaciones no sólo reconocen actos u omisiones, sino también pensamientos, sentimientos íntimos. Es curiosa la venganza popular: en esa fecha se conmemora a todos los muertos –aunque ese recuerdo piadoso, al menos para los que permanecen en el Purgatorio (?), se fija canónicamente en el día 2–; es decir: la grey quiere, necesita, perdonados a todos los fallecidos o, mejor dicho, a los «suyos». Verlos entre llamas, ciertamente, no es ni compasivo, ni humano, aunque sí, al parecer, apropiado para el catolicismo como religión de Amor. ¡Vaya por Dios!

¿Y qué le importa a un ateo todas estas cosas? Pues bastante, pues preguntándonos por ese más allá, es como reconocemos muchas preguntas, muchos horizontes en el más acá. Y es aquí donde regreso al libro: 50 breves, intensas, biografías, a menudo fascinantes, escritas a un ritmo de pulso cardíaco, de intelectuales de diversas procedencias, sesgos y sensibilidades. No faltan los incrédulos o de difusa ubicación ante el hecho religioso –Bloch, Camus, de Beauvoir, Arendt, Saramago, Stein, Fernández Buey?–, pero abundan los creyentes –no todos cristianos– y hasta se incrustan algunos mártires –Romero, Ellacuría, Bonhoeffer–. La mayoría de esos y esas intelectuales son teólogos, aunque a veces hayan sido teólogos a pesar suyo o hayan compatibilizado ese carácter con la mística, la pastoral, la ingeniería, la química o la neuropsiquiatría. Y son teólogos actuales. La selección, cuidada y equilibrada, convierte esa galería de pensadores «sintientes» en un espejo de nuestro tiempo, en una línea de horizonte que invita a muchas meditaciones y que, al menos a mí, me formula muchas cuestiones de las buenas, de las que no sé contestar. La elección muestra las lógicas preferencias del autor, y la teología de la liberación, feminista o política están especialmente representadas, y por ello, desfilan ante nuestro pensamiento una sistemática de la realidad que, a menudo, ignoramos: uno de los precios a pagar por vivir en un país oficiosamente católico del occidente opulento es que estamos obligados a ser unos analfabetos en materia teológica. La mejor prueba de ello es que una buena parte de los retratados –más de la mitad de los católicos– ha sido perseguido y castigado por la jerarquía eclesial.

Por eso, con esta lectura, me he sentido pobre en conocimientos, pero interpelado en asuntos que no tienen necesariamente que ver con la fe, sino con la solidaridad, con las líneas rojas de la vida, con el sexismo ideológico o con la relación entre religiones y culturas –y sus respectivos diálogos– en un mundo explosivo en su globalización. No siempre he estado de acuerdo con todo lo leído, claro está, y, a veces, no dejo de sentir la sensación de que algunos autores fuerzan sus máquinas de argumentar para no precipitarse en un insoportable abismo de increencia, o que se refugian demasiado alegremente en «el Misterio» para no arriesgar su sentido de la racionalidad. Pero en otras muchas ocasiones he asistido fascinado al desarrollo de algunas ideas que resitúan en niveles insospechados –pero practicables– la dignidad de los débiles y excluidos, por la vía de la reivindicación de una «ética samaritana» que reniega, más o menos abiertamente, de las morales levíticas que tanto gustan en los púlpitos y en los despachos de la Conferencia Episcopal. Incluido aquello que en otros ámbitos parece soez plantear pero que la crisis pone en primer plano: la necesidad de imaginar un anticapitalismo razonable y razonado.

¿Divertimento otoñal, esta lectura? No lo creo: a su luz escucho con otra comprensión las volteretas

Blogs de actualidad

engoladas de Monseñor Camino. Pero también trato de percibir con más matices las iras de las víctimas del terrorismo ante la revisión de la «doctrina Parot», entendiéndolo, a la vez, el horror de algunos ante lo que consideran injusticia radical y la hipocresía entreverada de otros, incapaces de hacer pedagogía política y de explicar a los sufrientes las garantías propias del Estado de Derecho. O, incluso, de reflexionar sobre última tanda de beatos mártires de la Guerra Civil que no se merecen este juego macabro de publicidad cínica hecha a su costa. No sé lo que sobre estas cosas pensarían algunos de los teólogos y teólogas que circulan con alegría por las páginas del magnífico libro de Juanjo Tamayo. Pero me gustaría saberlo, hablar con ellos y ellas de estas cosas. Y de otras. Lo que es seguro es que en su inmensa mayoría nunca se aburrirán en esos cielos de nubes de algodón y coronas de purpurina a los que la costumbre hagiográfica y el aburguesamiento eclesiástico han condenado, sin remisión posible, a tantas ilustres personas junto a algunos canallas. Y es que el cielo de las teologías cerradas es un infierno estético. Encima eso.

Enlaces recomendados: Hoteles Baratos | DEPOSITOS Open 4% | Oscars | Premios Goya

INFORMACIÓN

web

Alicante



Elche

El tiempo

Farmacias de Guardia

Tráfico en Alicante

Cartelera de cine

Hércules CF

Elche CF

Clasificados

Iberpisos

Iberanuncio

Ibercoches

Iberempleo

Especiales

Lotería de Navidad

Lotería el Niño

Fórmula 1

Premios Oscar

Canal Esquí

Premios Goya

informacion.es

Contacto

Conózcenos

Localización

Club información

Promociones

Aviso legal

Política de cookies

RSS

Publicidad

Tarifas Prensa

Tarifas Internet

Otras webs del Grupo Editorial Prensa Ibérica



Diari de Girona | Diario de Ibiza | Diario de Mallorca | Empordà | Faro de Vigo | Información | La Opinión A Coruña | La Opinión de Málaga | La Opinión de Murcia | La Opinión de Tenerife | La Opinión de Zamora | La Provincia | La Nueva España | Levante-EMV | Mallorca Zeitung | Regió 7 | Superdeporte | The Adelaide Review | 97.7 La Radio | Blog Mis-Recetas | Euroresidentes | Lotería de Navidad | Oscars | Premios Goya



Difusión auditada por OJD

Diario Información